

Esteban Martín

# Samurai

La conquista del Imperio



edebé

# *La conquista del Imperio*

**SANADA**

*La conquista del Imperio*

Esteban Martín

**edebé**

© Esteban Martín, 2013

© Edición: EDEBE, 2013

Paseo de San Juan Bosco, 62 (08017 Barcelona)

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente 902 44 44 41 [contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

Dirección Editorial: Reina Duarte

Editor: Elena Valencia

Producción: Elisenda Vergés-Bó

Diseño: Els Altres

ISBN 974-84-683-0856-2

Depósito Legal: B. 10257-2013

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mis hijos Olga y  
Ángel, por supuesto.*

Nacido entre nosotros,  
un día llegará el elegido.  
su origen tendrá donde se pone el sol.

Cabello de oro,  
espíritu rebelde,  
corazón de dragón.

Dos maestros le iniciarán  
en el camino del bushido:  
lealtad, justicia, sacrificio y honor.

Blandirá la Espada Legendaria  
frente aquellos que alzaron sus armas  
contra el Emperador.

Honor y gloria abrirán  
el filo de su katana  
contra el camino del akudo.

La Tierra del Crisantemo  
devolverá a su dueño  
y emprenderá su propio viaje.

# ÍNDICE

1. El samurái . . . . .	11
2. María . . . . .	17
3. Camino del Norte. . . . .	23
4. Reencuentro . . . . .	29
5. Sanada . . . . .	33
6. Entrenamiento . . . . .	37
7. Unificación . . . . .	43
8. Pacto entre hermanos . . . . .	49
9. Una armadura ligera . . . . .	53
10. Un ataque. . . . .	57
11. Una justa decisión . . . . .	61
12. La cólera de Yutaka . . . . .	65
13. Una tumba sin nombre . . . . .	67
14. Las criaturas del bosque . . . . .	71
15. El <i>oni</i> . . . . .	75
16. El maestro . . . . .	77
17. Perfeccionamiento . . . . .	81
18. Los cinco elementos. . . . .	85
19. Los Tesoros Imperiales . . . . .	95
20. Las Montañas de la Luna . . . . .	97
21. En el Bosque de las Voces. . . . .	103
22. El Valle de las Almas . . . . .	107
23. Yamata . . . . .	111
24. Un paso entre montañas. . . . .	119
25. La trampa. . . . .	123
26. Una acalorada discusión . . . . .	129
27. El acuerdo . . . . .	135
28. Fiesta en la aldea. . . . .	143
29. <i>Ninjas</i> . . . . .	147
30. En busca del Emperador . . . . .	155

31. Yama-uba . . . . .	159
32. Una victoria a medias . . . . .	165
33. La batalla . . . . .	167
34. El antídoto . . . . .	173
35. Sorpresa . . . . .	177
36. El castillo de Hiromi . . . . .	183
37. Los Libros Antiguos. . . . .	189
38. Toyotomi . . . . .	193
39. El asedio . . . . .	197
40. Primer ataque . . . . .	203
41. Contraataque. . . . .	211
42. El avance . . . . .	215
43. Nuevos ataques. . . . .	219
44. Malas noticias . . . . .	223
45. Enfrentamiento. . . . .	227
46. La batalla final. . . . .	231
47. Despedida . . . . .	241





## El samurái

Akechi Yukimura, el samurái, vio cómo se alzaba una columna de humo en la lejanía. Por la distancia, calculó que el fuego provenía o estaba muy cerca de la aldea de Yaku, y temió lo peor. Debía de ser un incendio importante, pues la columna de humo no hacía más que crecer.

Akechi espoleó su montura y dirigió su caballo en aquella dirección. Le costaría una larga hora llegar a la aldea. Mientras cabalgaba al galope pensó en los bandidos. Posiblemente habían atacado la aldea y, no contentos con robar a los campesinos, habían incendiado sus casas. Debía de ser obra de Yutaka, pensó Akechi. Algún día –se lo había prometido a sí mismo hacía mucho tiempo–, le daría caza y lo pondría a disposición del Emperador.

Los aldeanos, atemorizados, corrieron a ocultarse cuando vieron a aquel jinete armado aproximarse hacia ellos.

–Es Akechi, no tenemos nada que temer –dijo uno de ellos al reconocerlo.

El samurái descendió de su montura, mientras los campesinos se acercaban a él hasta formar un círculo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Akechi mientras se quitaba el *kabuto* rojo que le daba un aspecto terrorífico y sacudía el polvo del camino de su *jimbaori*.

Un niño le sostuvo el casco y se hizo cargo del caballo.

–Fueron los bandidos. Le han prendido fuego a la iglesia de los dios de los extranjeros con ellos dentro y luego han quemado

sus casas. Seguramente nadie se ha salvado –dijo un anciano que parecía ser el jefe de la aldea.

–¿Extranjeros? –exclamó Akechi.

–Buena gente; venidos del otro lado del mar –dijo el anciano, y continuó contándole brevemente cómo éstos habían llegado hasta la aldea, habían solicitado permiso para instalarse, y cómo les ayudaban en sus quehaceres cotidianos al tiempo que les hablaban de su dios del cielo.

–¿Y dices que nadie se ha salvado? –preguntó de nuevo el samurái.

–Nadie –contestó el anciano.

–¿Y no fuisteis a socorrerlos?

–No pudimos. Los bandidos se quedaron hasta que la iglesia se desmoronó y sólo después se marcharon.

–¿Y entonces? ¿No se os ocurrió comprobar si había alguien con vida?

Nadie contestó. Pero Akechi sabía la respuesta: el miedo lo había atemorizado hasta tal punto que ni siquiera fueron capaces de obrar como hombres. Una expresión de enojo se reflejó en el rostro del samurái mientras todos bajaban la cabeza avergonzados.

Akechi nunca había visto a un extranjero y seguramente nunca lo vería, porque todos habían fallecido calcinados y sepultados bajo el fuego y los desechos. Sin embargo, decidió acercarse a aquellos restos humeantes.

Se dirigió hacia el otro extremo de la aldea, al lugar donde, hasta hacía bien poco, se levantaba la iglesia. El techo se había derrumbado y las ruinas campaban por doquier junto a las maderas humeantes. Akechi caminó entre los escombros, los bancos calcinados y los cuerpos carbonizados. Miró hacia el fondo de la iglesia; sólo el altar, milagrosamente, se había salvado del incendio.

Se volvió hacia la salida para alejarse de aquel horror y entonces escuchó unos sollozos lastimeros que fueron en aumento hasta convertirse en llanto. El llanto era de un niño. Se dio de nuevo la vuelta y dirigió sus pasos hacia el altar. A medida que se acercaba, el lloriqueo desconsolado aumentaba. Rodeó el

altar y, debajo de éste, descubrió el cuerpo de un niño envuelto en pañales y que no dejaba de mover sus manitas sin parar de llorar entre hipidos quejumbrosos.

Akechi levantó al niño del suelo y lo acercó hacia su pecho. Era una criatura muy pequeña, de pocos meses, y el samurái comprobó que se encontraba ileso. Ni un solo rasguño o quemadura alguna. Aquello era un prodigio, pensó Akechi; el altar, intacto, había protegido la vida del pequeño.

Salió de allí con la criatura entre sus brazos. Nadie más se había salvado.

–Tiene hambre –dijo Akechi.

Los aldeanos no podían creer lo que estaban viendo.

–Este niño está enfermo –dijo Akechi.

El niño tenía los ojos muy redondos; unos ojos como nunca había visto, y su piel, un tono pálido que le pareció insano. Sí, era un niño muy raro, de un color mortecino y apagado, y el escaso pelo que empezaba a apuntar en su pelona cabecita tenía el color de las espigas de trigo. Era un niño horrible, pensó Akechi; casi un monstruo.

El anciano vio en el rostro del samurái la expresión de rechazo y repulsión que le causaba el pequeño y dijo:

–Todos los extranjeros son así; feos como un demonio y con el color de la muerte.

El niño dejó de llorar, parecía tranquilo, y tomó uno de los dedos de Akechi, apretándolo fuertemente entre sus manitas. Al samurái le costó liberar su dedo.

–Debéis cuidar de él –dijo ofreciéndole el niño a una de las mujeres que se encontraba junto al anciano.

Ella no hizo ni un solo gesto para tomarlo entre sus brazos, pero lloraba y miraba al niño con ternura y desconsuelo.

–¿Cómo te llamas, mujer? –preguntó el samurái.

–Akari –dijo la mujer, que en ese momento extendió ambos brazos para tomar al niño, pero, ante la mirada del anciano, detuvo el gesto.

–No podemos, apenas si tenemos comida para nosotros. Si vuelven los bandidos, son capaces de matarlo –dijo el anciano.

–Llévatelo. Contigo estará seguro –dijo Akari.

–¿Llévámelo? ¿Te has vuelto loca, mujer?

Ella no contestó. Akechi paseó su mirada por todos los presentes. Parecían estar de acuerdo en que él se hiciera cargo de aquel niño tan monstruoso.

–No puedo hacerlo, ¿qué haría yo con esta criatura? No, no puedo –repitió.

–Tienes mujer. Tú eres un hombre respetado en tu aldea. Los bandidos te temen y nunca se acercarán a ella. Dime, ¿en qué otro lugar podría estar más seguro el niño extranjero?

Seguramente tenían razón, mas él no se acercó a la aldea para hacerse cargo de un niño. Los miró a todos; aquellos hombres y mujeres se habían quedado sin nada y posiblemente no resistirían el inminente invierno. ¿Qué podía hacer para ayudarles?

–No tiene a nadie, está solo en el mundo y ninguno de nosotros puede hacerse cargo –insistieron.

Akechi parecía pensar.

–Partiré mañana. Dos de vosotros vendréis conmigo. Preparad un carro.

–¿Para qué quieres un carro? –preguntó el anciano.

–Cuando llegemos a mi aldea, lo cargaremos. Os daremos comida para el invierno y semillas para la próxima cosecha. No somos una aldea rica, pero algo podremos hacer para ayudarlos.

Todos se mostraron agradecidos a Akechi. Era un noble guerrero de corazón compasivo, pensaron. Ojalá dispusieran de una espada tan poderosa en la aldea, capaz de defenderlos de las incursiones de los bandidos.

–¿Y el niño? –preguntó la mujer.

–Lo decidiré mañana. Ahora debemos enterrar a los muertos.

La mujer se hizo cargo del pequeño mientras Akechi y el resto de los hombres de la aldea se dispusieron a tan triste tarea.

Después, reunidos alrededor del fuego, el samurái les puso al corriente de los últimos acontecimientos.

Akechi, tras largos meses de guerra, regresaba a casa. Había luchado a favor del sogún Ashikaga Yoshiteru, quien intentó

reafirmar su autoridad frente a los diferentes clanes de señores que se repartían el país y no obedecían la autoridad del Emperador: los daimios. La guerra civil se extendió por todo Japón y no parecía tener fin. Akechi participó en grandes batallas hasta que la guerra terminó sin un claro vencedor. Y aunque los daimios parecieron dispuestos a respetar al sogún y al Emperador, muchos se habían convertido en bandidos, y sus partidas, acostumbradas al pillaje, atacaban los pueblos y aldeas indefensas. Pero ésa ya no era su guerra y Akechi volvía a casa junto a su mujer y una hija que aún no conocía. Por otro lado, pensaba que sería difícil acabar con las diferentes hordas de bandidos.

–El sogún teme que todos los bandidos se unan bajo las órdenes de un solo señor –dijo finalmente.

–¿Crees que es posible? –preguntó el anciano.

–No de inmediato; pero los diferentes jefes se pelean entre sí por ser el único líder.

–¿Lo conseguirán?

–Sí, con el tiempo. Mientras tanto, como os he dicho, pelean entre ellos y cada grupo de bandidos ataca los diferentes pueblos y aldeas. Eso ya lo sabéis. Se ocultan en las montañas, bajan al llano, atacan y regresan a sus escondites. Es muy difícil acabar con ellos.

–Entonces no podemos hacer nada. Estamos a su merced, ¿es eso lo que crees?

–Sí, a no ser que aprendáis a defenderos, a no dejaros intimidar.

–Eso mismo pensaron los extranjeros y ya has visto cómo han acabado.

–Nadie puede protegeros. Es imposible acabar con todos los bandidos. ¡Debéis luchar, defenderos contra quienes os acobardan!

–Es muy fácil decirlo. Tu pueblo no corre ningún peligro porque te tienen a ti y no se atreverán a atacaros. Pero nosotros no tenemos a nadie que nos defienda. No tenemos ninguna posibilidad.

Sería difícil convencerlos, pensó Akechi con desánimo. Ha-

bían optado por el miedo y el deshonor y contra eso nada de lo que dijese podía hacerles cambiar de idea.

–Me llevaré al niño; al menos uno de vosotros no vivirá como un esclavo –dijo finalmente Akechi.

–¿Qué podemos hacer? –insistió el anciano.

–Ya os lo he dicho; pero no estáis dispuestos a hacerlo.

–Nos matarán.

–No, no lo harán. Si lo hacen, no les serviríais de nada. Os necesitan vivos para continuar saqueándoos. A un muerto solo se le roba una vez –dijo Akechi con disgusto y añadió–: Si no estáis dispuestos a defenderos, sólo os queda una posibilidad.

–¿Cuál? –preguntó el anciano.

–Que los bandidos se unan; cosa que harán tarde o temprano. Entonces, y en contra de la opinión del sogún y del Emperador, será más fácil luchar contra ellos.

El anciano se dio cuenta de que el samurái estaba pensando en uno de los jefes.

–¿Yutaka? –preguntó el anciano.

–Yutaka –afirmó el samurái, pronunciando su nombre con un deje de desprecio.

–Le conoces bien –afirmó el anciano.

–Sí, le conozco muy bien. Fuimos amigos y luchamos juntos... hasta que su ambición y su deseo de poder torcieron su espada.

El anciano esperó, pero el samurái no añadió ningún comentario más a sus últimas palabras.

–Es hora de dormir –dijo Akechi.

El fuego había comenzado a debilitarse cuando todos abandonaron la reunión y deshicieron el círculo.